

HAY UN DESEO QUE NO TIENE LÍMITES

DESEO VERTICAL

(RELATO ENCADENADO III)



Asociación Literaria y
Cultural Escritores en su Tinta

DESEO VERTICAL

© Todos los derechos reservados a los autores de esta obra.

© Portada: [Rafael Belda Ros](#)

De acuerdo a la ley, queda totalmente prohibido, bajo la sanción establecida en las leyes, el almacenamiento y la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa de los titulares del copyright.

DESEO VERTICAL

Este relato surgió como un reto entre algunos de los autores de la Asociación Literaria y Cultural Escritores En Su Tinta en el lapso del confinamiento por el Covid19 en abril del 2020. En un orden aleatorio cada autor, por turnos, tuvo la libertad de crear un fragmento de los que conforman este relato, resultando ser una experiencia enriquecedora y fascinante, en la que cada autor disfruta añadiendo su pincelada.

El orden es el siguiente:

[Olga Pozo Molina](#)

[Encarni Motos Plazuelo](#)

[Matías González Pinos](#)

[Rafael Belda Ros](#)

[Fini Del Amor Álvarez](#)

[Eva Gil Soriano](#)

[Carmen Sánchez Vilella](#)

www.escritoresensutinta.com

DESEO VERTICAL

Vera tenía 35 años, era una mujer independiente, inteligente y soltera. Su trabajo lo era todo para ella, en torno a él giraba su vida, no había otra cuestión que le importase más. Se levantaba temprano cada día y llegaba a casa a más de las ocho de la noche. Esa era su vida, en casa estaba lo mínimo, su verdadero hogar era la oficina.

Con el estado de alarma y el confinamiento las cosas habían cambiado, su casa se había transformado en la oficina, pero era raro. Estaba acostumbrada a hablar con los compañeros, a tomarse un café a media mañana con una amiga, a comer con los clientes... y ahora estaba sola. Sola en una casa que le resultaba fría y distante porque apenas la había utilizado, solo para dormir y almacenar sus enseres.

La compra y el momento del aplauso eran sus únicos momentos sociales y no eran suficientes, se sentía vacía, desconcertada con aquella extraña situación. Día tras día, miraba a sus vecinos aplaudir a la misma hora y, sin poder evitarlo, su mirada se dirigía a una pequeña ventana del edificio de enfrente. En ella aparecía todos los días un chico alto, moreno, de ojos tristes que miraba al infinito mientras aplaudía.

OPM

Se vio reflejada en él: la tristeza invadía toda su alma.

Reflexionaba sobre su vida. Desde que pasó la adolescencia, nunca había sido feliz. Todo era estudiar, trabajar y las pocas relaciones sociales que tenía estaban vacías. Ella estaba vacía.

—Aunque quisiera llamar a alguien en una situación importante... no tengo a quién — pensaba Vera.

Sus padres habían muerto en un accidente cuando ella tenía 20 años. No tenía hermanos ni familiares cercanos. No tenía

verdaderos amigos. ¿Cuál era el motivo? Empezó a llorar desconsoladamente. Lloraba y lloraba como si fuera una niña pequeña. Nunca había tenido una relación de pareja. Cuando lo necesitaba o le apetecía buscaba sexo, buen sexo a veces, pero nada más allá.

—Quiero cambiar mi vida. Necesito sentirme plena. No sé por dónde empezar.

Recordó que tiempo atrás una psicóloga fue a darles una conferencia en la multinacional donde trabaja. En esos momentos le hizo reflexionar y quiso realizar algunas cosas nuevas, pero no pasó más de tres días intentando ser diferente.

Buscó desesperadamente la tarjeta de la psicóloga. No la encontró. Entró en Google e intentó recordar su nombre. Probó con Sofía Belmonte. No, era Sandra Belmonte. ¡Sí! Era ella.

Sudaba, porque no era fácil dar ese paso. Llamó y se puso un chico. Cogió cita para una sesión on-line, ya que en estos días la consulta estaba cerrada por el Coronavirus.

El día de la sesión estaba nerviosa. Se conectó y apareció un chico con unos bonitos ojos verdes, bonitos pero tristes, para comunicarle que en breve aparecería la psicóloga.

Pero, si era su vecino...

EMP

—Perdona, eres el vecino de enfrente, ¿verdad? —dijo Vera.

—Sí, no te había reconocido al principio, pero ahora sí, te he visto alguna vez durante estos días de confinamiento, porque lo que es antes no te había visto.

—Tampoco tú parecías estar muy pendiente, siempre que te veo estás como ausente.

—Bueno sí, llevo muy mal el no poder estar con Sandra como quisiera.

La sangre se heló un poco en el cuerpo de Vera.

—¡Ah!, ¿es tu pareja?

—Mi mujer, pero perdona, te estoy haciendo perder el tiempo. Tienes cita con ella, voy a avisarla, te conecto en seguida.

Después del escalofrío, Vera se sintió algo ingenua. Aunque no lo reconociera nunca, no había podido evitar pensar en ese chico como en, ¿quién sabe? una posible historia de amor. Pero claro, ¿cómo un chico tan apuesto iba a estar solo? Si por ella fuera no lo permitiría.

—¡Hola, Vera! Disculpa, ya estoy contigo, ¿cómo estás?

El saludo de Sandra la sacó de su ensoñación casi de golpe, tanto que estaba segura de que no había pasado desapercibido por Sandra. La videoconferencia empezaba, un ejercicio difícil porque temía que la enfrentara con ella misma de una manera casi dolorosa, pero llegó el momento de empezar.

—¡Hola, Sandra! Bien, gracias, ¿y tú? ¿Llevas bien el confinamiento?

Mientras Vera esperaba la respuesta descubrió que Sandra despedía un aura de felicidad que bien quisiera para ella.

MGP

De repente, esa querencia atravesó su alma con la misma virulencia que un rayo, sin dejar intacta ni una gota de cordura en su sangre. ¡Por fin, ya sabía lo que quería! Una maliciosa sonrisa se dibujó en su deteriorado rostro a causa de los días del confinamiento. Ahora quería a toda costa la felicidad, aunque fuera ajena. Quería la vida de Sandra y la robaría a cualquier precio.

—Quiero que tu marido venga a mi casa ahora mismo —soltó sin más.

La cara de Sandra en la pantalla de su móvil se congeló ante la extraña petición.

—No, no hablas en serio, ¿verdad? —Sandra esperaba que respondiera que había sido una broma, sin embargo, su rostro proyectaba una afirmación endemoniada— ¿Para qué quieres que vaya?

Vera miró la hora en su reloj. Quince minutos faltaban para las ocho. Era el momento justo para llevar a cabo su plan. Se asomó a la ventana en busca de aquel chico que día tras día se asomaba para aplaudir. Y cuando lo vio, su boca dibujó una sarcástica sonrisa.

—Estoy en la ventana de enfrente —susurró Vera—. Quiero que venga tu marido ahora mismo para que aplauda a las ocho conmigo.

La repentina interrogante cruzó la cara de Sandra que seguía sin dar crédito.

—¿Estás loca?

—Lo estoy —afirmó Vera—, por eso estoy hablando contigo. Estoy loca.

—¿Y si me niego a que vaya a tu casa?

—Bueno —dijo mientras abría la ventana—, tal vez mi vida no merezca la pena.

Vera miró hacia abajo para conceptualizar el lugar donde tenía pensado aterrizar su cuerpo. Vio una pareja de policías que controlaba a todo aquel que incumpliera las normas en el estado de alarma. Pero no le importaba, pues una vez muerta ya no podían multarla.

—Ya te veo —Sandra le envió un saludo al encontrarse con su mirada en la ventana de enfrente—. No hagas una tontería.

—La tontería —su voz fue interrumpida por una seca carcajada mientras su cuerpo se asomaba de la ventana más de lo que debiera—. La tontería es que necesito un poquito de afecto, necesito sentir el poco calor humano que el confinamiento me arrebató. Abrazos, abrazos, abrazos.

Sorprendida ante una lágrima que brotó de su estado de insignificancia, se detuvo antes de decir aquello que tal vez no debía decir.

—Mi vida ya no me importa una mierda. Solo quiero que él venga para que me haga el amor. ¡Ahora mismo! ¡Ahora! ¡Ya!

RBR

Sandra no dejó entrever la sorpresa que le había producido la petición de Vera.

“¡Vaya, es directa!” Pensó.

—Tal vez consienta que vaya, pero con una condición.

Gabriel nunca estaba presente en las sesiones que su mujer tenía con sus pacientes, pero en esta ocasión había entrado

sin hacer ruido a coger su móvil que había dejado olvidado encima de uno de los sillones.

Al oír que hablaban de él se quedó parado un momento.

Nunca creyó que Sandra pudiera acceder a una petición como la de Vera. Con un gesto repentino de enfado se puso delante del ordenador desde el que su mujer trabajaba, con la intención de que tanto ella como su vecina lo vieran.

—¿Vosotras creéis que soy una mercancía?

Sandra se sobresaltó al notar la presencia de su marido y sobre todo al ver su enfado.

—No me voy a acostar contigo —dijo mirando a la cámara para que Vera supiera que se dirigía a ella—, y tal vez contigo tampoco —esta vez miraba a su mujer—. Lo dejé todo por seguirte, mi trabajo de arqueólogo, mi familia y amigos, mi ciudad... ¡Todo!. Me convertí en tu ayudante, ¡en tu sombra! Fui feliz porque estaba contigo, que era lo que quería y te convertí en mi centro, pero día a día veo que te importo menos. Te sientes grande porque cada vez tienes más clientes y más prestigio, dinero, un buen piso y un marido para presumir de no estar sola —la miró a los ojos—. Has cambiado, ya no eres la misma, así que se acabó. Esta misma noche me salto el confinamiento. Me voy de casa.

Sandra abrió mucho los ojos. Vera a través de su móvil pudo ver como el aura de Sandra se iba oscureciendo.

FAA

Vera cortó la videollamada de inmediato, cómo había podido pensar que una petición tan estúpida iba a funcionar. Fue directa al balcón, salió y agarró la barandilla con fuerza, tanta que sus nudillos se quedaron blancos.

En la calle, Gabriel salía del edificio con Sandra tras él.
—¡Espera un momento! Por favor, hablemos.

Gabriel se paró ante la petición de su mujer. La quería, todavía la quería, pero no podía creer que lo tomara por un juguete que se podía intercambiar.

—Qué quieras.

—Lo que has escuchado ahí dentro no es lo que crees, esa mujer amenazó con suicidarse y tenía que ganar tiempo — Al ver la cara de póker de Gabriel comprendió todo—. Pero eso ya lo sabías ¿verdad? Solo buscabas una excusa para marcharte de casa.

—Las cosas no han salido como tenía planeadas.

—Si quieras volver a la arqueología, solo tenías que decirlo. No hablas conmigo, te guardas las cosas y luego estallas de esta manera. ¿Ya no me amas?

—Claro que sí, pero...

—Entonces no te vayas y resolvamos esto.

Ambos se fusionaron en un abrazo para acabar uniendo sus labios en mitad de la acera. Los aplausos comenzaron a sonar indicando que las ocho de la tarde había llegado. Desde el balcón unos ojos grises lloraban sin cesar.

—¿Por qué yo no puedo tener esa felicidad? —gritó al viento.

La pareja, aún cogidos de la mano, miraron hacia arriba aterrorizados. Los dos policías que patrullaban la calle se alarmaron mientras avisaban por radio. Vera estaba sentada sobre la barandilla, agarrada con las dos manos y los pies mirando al vacío.

EGS

—¡¿Por qué no puedo ser feliz?! —volvió a gritar.

Gabriel y Vera continuaban mirando hacia lo alto. Gabriel estaba asustado. Minutos antes se había convencido de que por nada del mundo se acostaría con esa loca, pero ahora, al verla allí, tan vulnerable, algo en su interior se estaba encendiendo.

Mientras Gabriel luchaba por no hacer caso a sus sentimientos, Sandra miraba a Vera y recordaba el curso que dio en su trabajo. Se acordaba perfectamente de ella porque, aunque logró convencerla, fue la única que continuamente la interrumpía, intentando desacreditar su labor para con la gente a base de argucias y argumentos sin valor alguno. Por eso ahora, una tímida sonrisa acudió a su rostro.

—Todos tenemos lo que merecemos —musitó—, entonces intentaste demostrar que eras mejor que yo y mírate ahora, loca chiflada. ¿Pensabas que Gabriel iría corriendo a meterse en tu cama?

De repente, un leve empujón la devolvió a la realidad. Fue Gabriel quien, en un impulso, se apartó de su mujer y comenzó a correr hacia el portal de enfrente.

—¡Vera!, ¡Vera, no lo hagas! —gritaba a pleno pulmón.

Pero Vera ya había tomado la decisión. Tan sólo se tomó un minuto para despedirse. Despedirse de aquel barrio que apenas la conocía. De aquellos vecinos que casi nunca la veían. De aquella psicóloga de tres al cuarto que se había creído todo lo que le había contado y a la que se la tenía jurada desde que, en aquel seminario, tras responder con evasivas a todas sus preguntas, trató de ridiculizarla delante de todos, echando por tierra todo su esfuerzo y su dedicación hacia su labor, con la excusa de que jamás sería feliz si seguía persiguiendo ser la mejor en su trabajo. Pues bien, después de varios meses de investigación, de salir a las ocho al balcón, día tras día, para estudiar la situación y de planearlo todo al dedillo, por fin terminaría su gran trabajo.

Respiró profundamente. Poco le importaba caer ante las grabaciones de los móviles que asomaban por los balcones. Lo único en lo que pensaba era en hacer pagar a Sandra todo lo que sufrió desde que ella fue a su empresa, aunque fuera a costa de su vida. De todos modos, siempre había creído que había que dar el cien por cien en todo lo que se hacía para lograr la excelencia.

—Por favor, Vera. No lo hagas —dijo Gabriel a sus espaldas.

Vera lo miró aturdida. No sabía cómo había llegado hasta allí, pero tampoco le importaba. Es más, creía que estaría muy bien que Sandra viera a su marido intentando salvarla. Cosa que ella no había logrado hacer. Por eso comenzó a soltar una de sus manos de la barandilla.

—Yo... creo que te amo —confesó Gabriel.

En ese momento Vera dibujó una sonrisa en su rostro y soltó la otra mano. Mientras caía, buscó la mirada de Sandra para restregarle lo feliz que podía llegar a ser siendo competitiva, puesto que, incluso al borde de la muerte, le había arrebatado al hombre al que ella amaba. Lamentablemente, todo fue muy rápido y no tuvo tiempo más que para escuchar los gritos de la gente cuando su cuerpo rebotó contra la colchoneta que la policía había colocado mientras ella terminaba su actuación.

Ya tendría tiempo de restregárselo.

CSV